

El cazamonstruos del futuro

Hernán Galdames

ILUSTRACIONES
DE JOAQUÍN SILVA

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Autora de secciones especiales: María Soledad Silvestre
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Ana G. Sánchez

Galdames, Hernán
El cazamonstruos del futuro / Hernán Galdames ; ilustrado por Joaquín Silva. - 1a ed.
- Boulogne : Estrada, 2021.
96 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie Naranja ; 72)

ISBN 978-950-01-2795-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Silva, Joaquín, ilus. II. Título.
CDD A863.9282



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

72

© Editorial Estrada S. A., 2021.
Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.
Internet: www.editorialestrada.com.ar
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.
ISBN 978-950-01-2795-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



El autor
y la obra

BIO- GRAFÍA



HERNÁN GALDAMES nació en San Fernando, provincia de Buenos Aires, en 1962.

Se recibió de Licenciado en Publicidad y sus primeros trabajos como redactor fueron los textos de los álbumes de figuritas

Frutillitas y Ositos Cariñosos de la em-


presa Cromy a finales de los años ochenta. Continuó trabajando en esa empresa, dirigiendo el departamento de arte y escribiendo los textos de todos los productos. Luego abrió su propio estudio de diseño y, entre otros trabajos, escribió guiones de cómics y creó personajes para la empresa brasileña Editora Abril.

En el año 2000 empezó a escribir ficción para adultos y ganó varios premios con sus cuentos. En 2013 escribió su primer libro infantil, *Desastre en el supermercado*. En 2015 obtuvo el Premio Barco de Vapor con su novela *Cartoneros al espacio* y en 2018 el Premio Destacados de Alija por su libro de cuentos *Panic Attack*.

En Editorial Estrada participó con el cuento "Una final escalofriante" en el libro *Cuentos futboleros para chicas y chicos*, y publicó la novela *El mejor amigo de Manuel*, en esta misma colección.

Pueden seguir sus novedades a través de su blog:

<http://hernangaldameslij.blogspot.com/>



La novela

La novela es un tipo de texto narrativo literario. Se caracteriza por ser más extensa que el cuento y suele estar dividida en capítulos. Su extensión le permite al autor desarrollar una historia más compleja: con más personajes, más descripciones de los espacios, más acciones y sucesos.

Como todo texto literario es un texto de ficción, es decir, que los hechos narrados no suceden ni han sucedido realmente.

La voz que cuenta la historia se llama narrador y puede narrar desde diferentes puntos de vista. Cuando el narrador es un personaje que cuenta su propia historia, hablamos de un narrador en primera persona, que puede ser protagonista o testigo de los hechos narrados. Otro tipo de narrador cuenta la historia desde afuera, como si la viera sin participar. Este es un narrador en tercera persona y puede ser omnisciente si sabe todo lo que sucede, incluidos los sentimientos o pensamientos de los personajes.

Los personajes principales de una novela o cuento se llaman protagonistas, y son quienes llevan adelante las acciones centrales de la historia. A ellos suelen oponerse uno o más antagonistas, personajes contrarios a los protagonistas, opuestos en su caracterización y que intentan detenerlos, hacerles daño o destruirlos.



Realismo y ciencia ficción

La literatura es ficción, es decir, cuenta sucesos ficticios o inventados. Pero esos sucesos narrados pueden acercarse más o menos a la realidad tal como la conocemos. La narrativa realista cuenta sucesos que más allá de ser inventados resultan creíbles, son verosímiles. Todo lo que sucede en una novela o un cuento realista podría haber sucedido realmente.

La literatura de ciencia ficción, en cambio, cuenta sucesos o presenta personajes y situaciones que hoy son imposibles, pero que podrían ser una realidad en el futuro. Esos sucesos o situaciones se explican dentro de la lógica del relato a través del avance de la ciencia y la tecnología.



El cazamonstruos del futuro

Capítulo 1

Todo empezó el primer día de colegio. No, a decir verdad, fue el día anterior, el domingo a eso de las siete de la tarde, pero no nos dimos cuenta en ese momento. Todavía había luz, aunque no mucha. Volvíamos con Belén del club, un poco tristes porque era nuestro último día de vacaciones, y cuando pasamos por la cortada escuchamos algo así como una efervescencia. Miramos hacia el fondo de la calle y vimos un chisporroteo que se extinguía y una nubecita de humo blanca que flotaba en el lugar. Nos acercamos un poco, de curiosos que somos, y descubrimos a un chico tirado en el piso que trataba de levantarse. No sabíamos qué hacer. No parecía lastimado ni nada. Nos miró como si lo hubiésemos agarrado haciendo algo indebido y al final nos sonrió de manera un poco extraña. Por las dudas la agarré a Belén del brazo y salimos corriendo.

Cuando estuvimos lo suficientemente lejos, paramos a recuperar el aire.

—¿Por qué salimos corriendo? —me preguntó Belén sorprendida—. ¿Tal vez estaba lastimado y necesitaba ayuda, el pobre?

—No sé. La cortada, esa explosión que no llegó a ser explosión, se me ocurrió que podía ser una emboscada para robarnos.

—Es verdad. El chico no era del barrio. Nunca lo había visto. ¿Y vos?

—Para nada.

—Tal vez había alguno más escondido detrás de un árbol y querían nuestros bolsos.

—No sé. Pero algo raro había.

Seguimos caminando rumbo a casa. Belén y yo éramos vecinos y nos conocíamos desde tercer grado. Para colmo, no solo vivíamos uno frente al otro, sino que también íbamos al mismo club, a la misma escuela y al mismo curso. Solo faltaba que nos sentáramos juntos.

—Bueno, qué suerte que vos te diste cuenta. Ves cómo son los hombres, yo ya estaba dispuesta a ayudarlo a levantarse y hasta acompañarlo al hospital si era necesario.

—¿No será que te gustó el pibe? —le dije a la par de un empujón.

—No seas tarado, nada que ver. Además no tuve tiempo de mirarlo muy bien. Solo vi que tenía unos hermosos ojos

azules, el pelo largo y lacio todo despeinado con algunos mechones que le caían sobre la frente, y cuando sonrió...

—¿Ves, ves lo que te digo? Te flechó el taradín ese.

—¿Y si volvemos a ver si está bien? —dijo Belén sobreactuando.

Le di otro empujón.

Seguimos caminando.

—¿Qué habrá sido ese chisporroteo? ¿Vos lo viste? —le pregunté.

—Sí. Me hizo acordar a esos fuegos artificiales que tiran a fin de año que parecen disolverse en el aire, ¿sabés cuáles te digo?

—Sí, sí, esos que después de una explosión hacen un ruido como a soda.

—Sí, y con un color como azuladito.

—Tal vez el tontín estaba encendiendo unos cohetes y se asustó, por eso se tiró al piso.

—Puede ser, pero ¿y esa sonrisa? Fue raro cómo nos miró. Ya en la puerta de la casa de Belén.

—Dale, espero que entres —le dije—, a ver si no resistís la tentación y volvés a la cortada.

—Chau, celoso.

Cuando estaba a punto de entrar, se detuvo y me gritó:

—¡No te olvides que mañana empiezan las clases!

—¡Sí, qué divertido!

Al entrar a casa, mamá me mandó a bañar y me dijo que tenía que prepararme porque al otro día tenía que ir al colegio. Mi hermano, que es cinco años más grande que yo, estaba tirado en el sillón mirando una película; se la pasa mirando películas. Papá estaba en su estudio, como siempre, leyendo o preparando las clases que da en la facultad. Cuando me escuchó en el pasillo me gritó que me fijara si tenía todo para ir a la escuela al día siguiente. No era necesario que todos me lo recordaran. Para ellos tal vez era un acontecimiento importante, pero para mí era un bajón; aunque en el fondo tenía ganas de volver a ver a mis amigos.

Capítulo 2

Y al fin llegó el día. Fue duro salir de casa tan temprano. Recién estaba amaneciendo. Por la calle solo andaban gatos y padres medio dormidos (algunos en pijamas) llevando en el auto a sus hijos al colegio. Yo no era tan afortunado, tenía que caminar las siete cuadras que había de casa al cole. Pero no iba solo, siempre me acompañaba Belén, superdormida, contando ovejitas rezagadas. Yo era algo así como su acompañante oficial: la esperaba en la puerta de su casa a que estuviera lista y después de mucho, mucho esperarla la tenía que apurar todo el camino para no llegar tarde. A la salida volvía a esperarla hasta que terminaba de hablar con sus amigas, que eran muchas y los temas diversos, y volvíamos juntos a nuestras casas. En realidad no tenía obligación de acompañarla, pero lo hacía y no me pregunten por qué. Por contrapartida, ella me pasaba sus resúmenes antes de las pruebas, me explicaba matemáticas y cosas de ese estilo.

Entramos a la escuela y yo me distraje hablando con mis amigos. Habrían pasado unos minutos y de pronto sentí

que alguien me tiraba de la capucha del buzo, me di vuelta y era Belén. Toda exaltada, como si hubiese visto un fantasma o un extraterrestre, se acercó a mi oído y me dijo:

—Hay un alumno nuevo en nuestro grado, ¿a que no sabés quién es?

Tonto no soy. Al toque me di cuenta de que tenía que ser el chico de la cortada.

—Sí, sí, es él. Están todas locas. Es divino.

Entramos al aula y el chico no estaba. Al ratito apareció la maestra con él, ambos se pararon en el frente y lo presentó a toda la clase. Dijo que venía de Rosario, que se llamaba Fabián y que le diéramos la bienvenida. Al unísono, medio en cámara lenta como hacemos siempre, todos dijimos: “¡Bien-ve-ni-do, Fa-bián!” Era nuestra manera de combatir esas normas tontas del colegio. Fabián volvió a hacer esa risita extraña y detuvo su mirada exclusivamente en Belén y después en mí.

La maestra lo sentó a mi lado. Yo lo miré y él me miró. No dijo nada durante toda la clase. En el recreo se me acercó y me empezó a hablar:

—Vos y tu amiga estaban ayer en la cortada, ¿no?

—Sí, ¿qué te había pasado?

—No te lo puedo decir. Es un secreto que tengo prohibido revelar.



—Ya me dijiste algo.

—¿Qué?

—Que es un secreto. Ahora ya sé que hay algo raro que no podés contar. Tendrías que haber inventado cualquier cosa y yo te hubiese creído.

—Tenés razón. Soy nuevo en esto. Es mi primera vez.

—¿En qué?

—Perdoname, pero no te lo puedo decir. Pondría en riesgo todo el plan.

—Volviste a meter la pata. Ahora sé que hay un plan, y si hay un plan tiene que haber gente que lo organiza.

Justo sonó el timbre. El chico se quedó parado mirándome. Tuve la sensación de que estaba dudando entre confiar en mí o no hacerlo.

A la salida, como siempre, Belén y yo volvimos caminando por la vereda de la avenida. Como a las dos cuadras escuchamos que alguien nos gritaba, nos dimos vuelta y vimos que era Fabián que venía corriendo.

—¿Los puedo acompañar? —nos preguntó agitado—. ¿Pasan por la cortada, no? Yo vivo ahí.

Belén le preguntó cómo era donde vivía antes, qué le parecía el nuevo barrio, qué onda con la maestra y el cole, qué pensaba de las chicas del curso, y yo me moría por

sacarle conversación para ver si conseguía hacerlo hablar de su secreto. Sin ninguna sutileza, porque ya estábamos a una cuadra de la cortada, le dije directamente:

—Por qué no nos contás tu secreto. Por lo visto somos vecinos y vamos a caminar juntos a casa todos los días. En alguien tenés que confiar.

El chico miró al piso y se quedó callado. Belén me puso cara de “Sos un entrometido”. Pero cuando íbamos por la mitad de cuadra, de pronto Fabián se paró y nos dijo muy serio:

—Está bien, a ustedes se los voy a contar porque somos vecinos y además porque fueron los únicos testigos.

—¿Testigos de qué? —dijo Belén extrañada.

—De mi llegada —respondió Fabián.

Los dos lo miramos sin entender.

—Llegué ayer. Justo ustedes me vieron cuando me materialicé. Ese chisporroteo que había en el aire era la energía sobrante del pasaje.

—¿Qué decís? ¿Que llegaste de dónde?

—Del futuro —respondió Fabián y le vimos otra vez esa sonrisita extraña en la cara.

—Pará —le dije yo—, te pensás que somos tontos. Eso fue algún fuego artificial o una bengala. Te debés haber asusta-

do y te tiraste al piso del miedo, y ahora nos metés ese verso porque te morís de vergüenza.

—¿Ves?, no tendría que haberles contado, yo sabía que no me iban a creer.

—No te enojas, Fabián —dijo Belén—, lo que pasa es que es medio increíble lo que nos decís.

—No se preocupen, hagan como que no dije nada, sigan con sus vidas como si nunca me hubieran visto llegar —dijo mientras se alejaba. Ya estábamos sobre la cortada y pudimos ver que se metió en un chalet de mitad de cuadra.

Nos miramos con Belén y no dijimos palabra. Caminamos dos cuadras más y cada uno se fue a su casa.